
**francine
masiello**

**malú urriola,
el cuaderno de las
cosas inútiles**

documentos

El cuaderno de las cosas inútiles, último poemario de Malú Urriola, es un libro perentorio sobre nuestra angustia en tiempo presente. Se asienta sobre la precariedad, lo huidizo, los que parten sin decir adiós, los fantasmas que habitan las casas y los objetos, la incertidumbre, la soledad. Señala aquel contagio que asedia a los seres queridos y el duelo que los sobrevivientes, sufrimos a nivel global. Malú en estas páginas reúne sus poemas escritos durante el año de pandemia que ella vivió en Madrid. Observa el avance de la muerte, el abandono de las calles, los teatros vacíos, el comercio cerrado, el silencio de la gran metrópolis donde sólo quedan los inmigrantes sentados en las veredas. Se presta a una reflexión sobre la fracturación de la comunidad humana, la que nos deja en la más opresiva incomunicación sin que podamos alcanzar a les otros. Finalmente, este es un texto sobre el amor partido, sobre la urgencia de la escritura, sobre la naturaleza que todavía es capaz de propiciarnos vida y voz.

En medio de esta meditación, el libro se define como un texto en obras. Estamos, en fin de cuentas, delante de un “cuaderno”: apuntes, ideas sueltas, proyectos todavía informes, objetos que buscan su nombre. Lo innecesario, lo marginal, lo que no nos preocupa ni por su densidad ni por su inútil sustancia, el vaivén que desconoce paradero fijo, lo que se esfuma para no volver. En un libro en el cual la poeta se encuentra inerme ante el contagio de la muerte, hacia el final deja entrever un atisbo

de sol y luz. Frente a la permanencia de la muerte, entonces, el flujo y la iluminación, lo que promete belleza.

Tomemos el tema principal: la configuración de la muerte. El libro es un memento mori, un texto que recuerda las tempranas instancias de la pandemia, cuando tuvimos que abrazar la muerte vecina y nuestra condición de vulnerables, cuando hubo que testimoniar el cierre de la ciudad y dar la espalda a las puertas del mundo. Como sabemos, esta no es la primera vez en su carrera que Malú se enfrenta con la tristeza del duelo. Recuerden la incomodidad expresada en *Nada*, de 2003 (“¿Quién cantará ahora que la muerte habla?” nos preguntaba en este libro) o si no, el ejemplo de *Cadáver exquisito* de 2017 sobre la muerte de la madre. En el “cuaderno” que tenemos a mano, sin embargo, la autora da un paso más al dirigirse a las temporalidades de los cuerpos y los objetos, a los tiempos de la melancolía, y a aquellos momentos sin pasado ni futuro que nos anclan en el puro presente. Y frente al tiempo del virus, está el tiempo de la creación.

A partir de la aparición de la muerte, que toca las puertas vecinas y vaga por las calles, surge como respuesta un lento despertar de las “cosas”: los zapatos, los esmaltes, los cepillos de dientes, los quioscos, los calefactores. Será un proyecto de enumeración caótica, como se dijo una vez respecto de la poesía de Neruda. Sí, también la presenciamos en este nuevo poemario de Malú, pero ahora la enumeración exige un elenco de testigos para decir nuestra pena, para enunciar los detalles menores que abundan en nuestro entorno y que todavía –y a pesar de todo– nos hablan de su fuerza vital. “No hay manera de vivir sin rendirse/ –aunque sea por un momento–/ ante la belleza de las cosas inútiles,” escribe Malú. Finalmente, los pequeños detalles del mundo construyen una marcha rítmica para sostener los versos. Son la columna dorsal del libro, los huesos que sostienen su cuerpo. Palomas, perros, llamas azules, los coleópteros, las cañerías, las gotas de agua: estos pormenores configuran los ritmos que llevan a los peldaños de la materia misma y de allí a la poesía, a la urgencia de escribir.

Malú apela directamente al baile de la muerte, un tropo que forma parte de nuestra tradición literaria desde el medioevo. Si no es el llanto de Jorge Manrique por la muerte de su padre, será el llanto de los poetas de

vanguardia por las víctimas de la guerra civil. Si bien la desesperanza que corre por las calles de Madrid evoca a Neruda y Vallejo, a Miguel Hernández y Alberti, en las páginas del *Cuaderno de las cosas inútiles* la muerte ahora viaja por las calles sin fusil en la mano. Más bien el virus es caprichoso e invisible. Trota por las ciudades en tono lúdico y juguetón: “la muerte anda por la calle, silbando” escribe Malú en el primer poema y concluye el libro con el verso, “Empedrado abajo, la muerte toca el violín”. Con clara alusión al grabado de Alfred Rethel quien, a mediados del siglo XIX, enfocó la llegada de la peste en época de carnaval, Malú pide que comparemos la música de los vivos y los muertos. En el cuadro, el esqueleto parece tocar el violín, pero en realidad lleva en la mano un hueso tocándose con otro para producir, se supone, algún chirrido o sonsonete que apele a nuestro final. Al fondo, los músicos vivos corren: uno lleva el cello, otro el violín, otro el clarinete. La música proporcionada por el ser humano es poca al lado del monocorde rendido por la figura de la muerte. Aunque repita un solo tono, el muerto elabora un sonido más poderoso y seductor. Malú da vuelta a esta historia: sonido, vibración y ritmo gestionan no solo la muerte sino también la escritura.

Si bien los poemas trazan el contagio que invade las calles urbanas, ofrecen un penetrante rastreo sobre la formación de la palabra misma. El susurro, el aliento y el aire como puntos de partida. Frente al virus que quita el aire de los pulmones, están las células de aire saludables que motivan el tono verbal. La palabra anclada en la vía respiratoria, la palabra que busca salirse por los labios y la boca. Roland Barthes describía el “grano de la voz” como aquella figura minúscula que anida la respiración y genera vocablo y voz. Se refería a la producción del sonido desde el cuerpo mismo, desde los nudos del aire que suben por los pulmones para enunciar palabra y verbo. A diferencia de los efectos del contagio, aquí la materia como germen de aire da forma a la palabra misma mientras los cortes, las cesuras, los hiatos hacen temblar el verso. En efecto, tocamos la materialidad del poema, el punto de encuentro entre sonido y voz, entre voz y lenguaje. Desde el aire contagiado que respiramos, entonces, el virus nos lleva a la muerte; también desde el aire, se inicia la formación del lenguaje, el placer por la palabra.

¿Será que toda poesía esté contaminada por su tufillo de muerte, por la memoria de lo desvanecido, o por la materia elusiva que se niega a ser

capturada? “Es una amable tierra mi soledad,/ mi amado lápiz de arena” dice Malú. Lo que el viento se llevó. Si este compendio de las cosas inútiles trae a colación los elementos de la muerte —el desperdicio, la ruina, la pérdida de la historia humana—, también apunta a la vida, la luz, la frescura de la brisa matinal, la hermandad y el amor. Un constante andar, el verbo en movimiento. “Nunca estoy,” declara Malú, “vengo llegando siempre”.

Un fuerte componente ético guía las páginas de este libro. “Tuvimos una vida y la tratamos como a un perro” observa Malú al referirse a la falta de respeto que concedemos a la experiencia humana. Pero también apunta a un futuro que apela a la compasión: “Volveremos de la muerte humanos,/ o no volvamos”. Con el deseo de descubrir un nuevo vigor y compromiso con la humanidad, Malú tantea con la imagen de las puertas a medio abrir. “Un laberinto de puertas”, dice en su deseo de avanzar en el mundo. Por lo tanto, Malú compagina luz y sombra, la tormenta del virus y el torbellino del amor. Intenta capturar lo que dejó de existir, de trazar sus rastros de los sobrevivientes, de definirse mediante los objetos humildes que encuentra en su camino. El libro de Malú entonces es un curso sobre la soledad y el abandono, y también sobre el deseo. Anota el deseo de superar los silencios, de profundizar las aguas, de engendrar nuevos amores, de seguir con la escritura. Es esta, en fin de cuentas, “la única manera de estar viva”. Y aquí otra vez la ética del libro al insistir Malú en la absoluta necesidad de retomar el contacto con los otros.

Los poemas están en diálogo con el arte visual y la música, los espectáculos del teatro y del cine. Anotan los cielos de Sorolla o la música romántica de Fanny Mendelssohn, los carteles que publicitan los bailes de Sara Baras o del Flash Dance. Son recuerdos constantes del tiempo que ya se fue, de los conciertos ya apagados, de la música perdida, de la revolú de las horas. Es un libro sobre lo que ya no existe, sobre el deseo de resistir la muerte, pero al mismo tiempo celebra el mundo natural en su todo su esplendor. En este sentido, reafirma el mundo materializado dentro del poema mismo: la opulencia de las formas, su sonido, su plasticidad. El poema así será un campo magnético de pequeños objetos donde se siente el graznido de la materia sobre la hoja del papel.

Cómo escribir, pregunta la poeta, cómo resolver el verso a partir de la piedra. “Tengo un poema que se desmorona como una caja con piedras”,

explica, agregando súbitamente “Al menos tengo las piedras”. Hacer hablar la piedra es apelar al tiempo, ver inscrito su nombre en la lápida y, quizás en el sentido más autobiográfico y más real, recordar la distancia que la poeta ha corrido desde la publicación de su primer libro *Piedras rodantes* (1988), escrito con una joven voz rebelde que festejaba en aquel entonces el sueño de la libertad. Hacer hablar la piedra es aludir al cruce, íntimo y seguro, entre palabra y mundo. Es el gesto de tocar la materia, la dura nuez del poema, y hacerla vibrar. De abarcar los sonidos de las calles, los gestos de los inmigrantes, los chillidos de los vencejos. De entregarse al milagro del papel y el lápiz para imponer la voz y participar de la experiencia humana. Dice Malú al terminar un poema sobre el arte de escribir: “una anciana contempla en el fondo de una taza,/ la generosa brisa de la soledad y la ama/ como el jarro honra la tierra con que fue moldeado”. Fusión de materia y receptáculo donde se junta el todo en uno, el poema –a igual que el jarro– sostiene el entrañable vínculo entre la palabra con su entorno.

Procaz con el deseo de descentrar la muerte y de buscar la vida, de ubicarla en las zonas humildes –entre las hormigas, en las orillas del río–, Malú es optimista; “Donde haya oscuridad siembra una luna llena” escribe, concediéndole fuerza a la luz. Muchos de los poemas de este libro reflexionan sobre la escritura como manera de dejar constancia en la arena del tiempo. Escribir es la marca de conciencia, el comprobante de su ser. En este sentido, hay que dar vuelta al virus, asignarlo un significado otro: “El virus que gobierna mi sangre se llama poesía./ Ella quiere ser la única en mi vida y nunca supe decirle que no”. La escritura como manera de dejar rastros en la tierra, pistas en el aire, manchas sobre la página en blanco para leerse a una misma. La escritura, entonces, es sobrevivencia, es la fe en nuestra voz.